

**Eje:** Prácticas del lenguaje en relación con la literatura.  
**Capacidad:** Comunicación.  
**Objetivo:** Analizar obras literarias de distintos géneros, épocas y procedencia considerando sus condiciones de producción y estableciendo relaciones con otros discursos sociales con los que entran en diálogo.

**Contenido curricular:** Lectura y comentario de obras literarias de distintas épocas, movimientos y géneros (con énfasis en literatura argentina). Cruces entre periodismo y literatura, uso de formas de la literatura para representar la realidad, reflexión acerca de la problemática de la verdad.

## Literatura de “no ficción”. Noches interminables

### Antes de empezar

En esta ficha van a leer el capítulo 2 de *El día que apagaron la luz* (2019), libro de la escritora argentina Camila Fabbri, en torno a los hechos ocurridos en un recital en 2004 en el local bailable República de Cromañón.



1. Lean el capítulo 2 de la novela, y luego resuelvan las consignas.

2

### NOCHES INTERMINABLES

El jueves 30 de diciembre del 2004, una banda de rocanrol de Villa Celina —localidad del Partido de La Matanza en la provincia de Buenos Aires— tocaría en el boliche República Cromañón. Presentaría su tercer y último disco, *Rocanroles sin destino*, compuesto de catorce canciones; entre ellas “Distinto”, la canción de apertura del disco y del show. La canción empezaba así: “A consumirme, a incendiarme, a reír sin preocuparme, hoy vine hasta acá”.

La banda se llamaba Callejeros.

La cronología de los hechos según el diario *Crónica*:

“A las 21 h se abrió paso al público a República Cromañón, donde miles de personas pagaron diez pesos para presenciar el recital de Callejeros. El público fue palpado y cacheado en el acceso para evitar que pudieran ingresar artículos de pirotecnia ya que en un episodio registrado una semana antes se había producido un principio de incendio que obligó a la evacuación del lugar sin que se produjeran heridos.

“A las 22.40 la banda comenzó con el recital. Minutos antes se había retirado Ornar Chabán, dueño del local. Previo a la salida de los músicos, un productor del boliche pidió por altavoces a los espectadores que no encendieran bengalas y advirtió que no querían una masacre como la del Shopping de Paraguay —más conocida como la tragedia de

Ycuá Bolaños, un incendio que ocasionó más de cuatrocientas treinta víctimas fatales— unos meses atrás. Patricio Fontanet, el líder de la banda, pidió lo mismo y preguntó: ¿Se van a portar bien?

“Durante el primer tema, en el público se encendieron bengalas y foguetas de tres tiros que golpearon en una lona muy fina e inflamable. Las lonas encendidas empezaron a caer del techo sobre la gente que, desesperada, se acercaba en avalanchas hacia la puerta. Los bomberos llegaron instantes después y abrieron la puerta de emergencia que estaba cerrada con candados o cadenas. Decenas de cadáveres fueron acumulados en un playón de estacionamiento vecino, donde algunos familiares pudieron acceder para reconocerlos (...)”.

La propuesta de Callejeros era tocar en orden los tres discos que habían visto la luz, desde la primera hasta la última canción. El martes 28 de diciembre del 2004 fue el turno del primer disco *Sed* y el miércoles 29 le tocó al álbum *Presión*. La canción de cierre del jueves 30 hubiera sido “Canciones y almas”: “Que me moría por tocar rocanrol, y ahora que puedo, algunos me están fusilando”.

El miércoles 29, la noche anterior al desastre, estuve ahí.

Compré la entrada con mi amiga Martina en el local Locuras del barrio Once, un mes antes del recital. Salía diez pesos. En Locuras vendían remeras de bandas, pantalones jamaquinos, camperas de jean, broches con insignias de bandas para poner en mochilas de plástico negras que traían impresos los nombres de las mismas bandas; incluso se vendían parches con esos logos para coserlos en el dorso de camperas o en el culo de los pantalones. Había pipas para fumar y papelillo para armar. Pañuelos de todos los colores para el cuello, que más que abrigo eran un símbolo de pertenencia como todo lo demás. Remeras de manga larga, medias, calzoncillos, púas de guitarra, aros y piercings. *Merchandising* para vestir a toda una tribu adolescente.

Guardé el papel troquelado en una caja rosada llena de pulseras de canutillos y mostacillas brillantes, bijouterie artesanal de mi infancia. Ese miércoles a la mañana fui al colegio con una emoción soberbia. Oía los relatos de todos los que habían estado la noche anterior en Cromañón y la envidia no hacía mella: pronto yo tendría mi testimonio

también. Tendría mi propia descripción, mi ojo agudo puesto ahí. Llegué a mi departamento pasado el mediodía y dormí una siesta de tres horas. Al despertar, miré un programa de preguntas y respuestas en canal siete, donde chicos y chicas con guardapolvo tenían que resolver enigmas sencillos. Cerca de las siete de la tarde me levanté de la cama y me preparé un Nesquik. Mi mamá llegaba tarde los miércoles. Trabajaba en un call center lejos de Capital y cuando entraba al living del departamento no tenía ganas de hablar. Solo quería comer y dormir, en ese orden y con esa velocidad.

Merendé y me vestí como correspondía. Una remera de Callejeros bastante nueva y un jean nuevo pero roto a propósito por mí, en una tarde de rebeldía leve, con una tijera de poco filo.

Había cumplido quince años en septiembre y, hasta ese entonces, había ido solamente a dos recitales en mi vida. El de Los Piojos en el estadio River, el 20 de diciembre del 2003 en estricta compañía de Tamara, mi hermana mayor, y el de Callejeros en Excursionistas, en el Bajo Belgrano, el 18 de diciembre del 2004. Callejeros presentaba su tercer disco por primera vez, en ese predio al aire libre. Aunque corriera el aire, aun así, me quedé detrás de todos porque el exceso de personas a los quince años ya me paralizaba la piel de la cara

Hoy busco un audio de ese recital de Callejeros en Youtube —es el único registro que queda— y puedo oír cómo la pirotecnia se cuele en todas las canciones, impidiendo escuchar nítida la voz de Patricio Fontanet. Quince años después, me resulta curioso que ese desorden en el sonido no nos molestara en aquel entonces. Esa piedra en el zapato del paisaje musical. Ese *pum, crash, kaboom*.

(...)

Los hechos del nocturno negro del jueves 30 de diciembre, más o menos los conocemos todos. La capacidad del lugar estaba excedida en un número alevoso. Las salidas de emergencia estaban cerradas con candados y cadenas para evitar que los fanáticos sin entrada se colaran, igual que en una cancha de fútbol. En ese entonces el acceso al recital de la banda del momento se parecía mucho a un partido definitorio de campeonato. Cantidad de bengalas, foguetas de tres tiros, petardos, candelas de treinta tiros se encendían a la par para iluminarles la cara a los músicos mientras desplegaban eso que sabían hacer. Eso que venía volviendo loco de contento a media franja joven del país podía ser una bomba a punto.

El local contaba con dos pisos y dos escaleras anchas en forma

caracol que marcaban la circunferencia del espacio. En el techo había una media sombra —plástico puro— de esas que se ven en los estacionamientos para recubrir el calor de los autos, o en las terrazas de las casas para atenuar el sol del mediodía. En este caso la mediasombra servía para acostizar. Una chispa de fuego disparada de una bengala que alguien sostenía con confianza demente llegó hasta la media sombra. La combustión que generó, junto a la espuma de poliuretano del techo, liberó ácido cianhídrico, un humo venenoso de color gris plomo, espeso como un yunque, capaz de matar a cualquier ser humano en menos de treinta minutos.

Algunos lo llamaron “catástrofe” (es decir, suceso desdichado), otros “masacre” (infortunio evitable, matanza de indefensos) y otros “desgracia” (situación que produce gran dolor). Los sinónimos sombríos se multiplican con el correr de los años.

Después de Cromañón, parece, tengo una extraña relación con el fuego. Acato cualquier orden que lo prohíbe. No me acerco a espacios inflamables como estaciones de servicio y no uso camperas de nylon cuando un grupo de amigos me invita a un asado. Un brote mínimo de brasa podría ir a parar a mi capucha, y en un instante, mi cuello comenzaría a derretir cada capa de mi piel. Miro con atención las tapas para incendio que están en la vereda de la calle. Jamás vi a un bombero desplegar una de las mangueras que se ocultan ahí abajo. ¿Podría esa tapa que nadie ve salvar un edificio o una persona en llamas? Tampoco estoy de acuerdo con los que encienden cigarrillos con fósforos; aunque pequeño, ese retazo azul, amarillo y naranja podría convertirse en algo feroz si tomara contacto con un pedazo de pestaña. En el circo el fuego es un elemento de entretenimiento, de desprendimiento de sonrisa. Un hombre que apenas practicó va, enciende un palo de madera, y con un buche de alcohol se lo mete en la boca. ¿Cuál es el índice de accidentes? ¿Cómo es que su fluido bucal no invita a que todo se le encienda en una milésima de segundo? Ahí, el hombre flaquito de cabello grasoso y bastante largo se transforma en un dragón de la modernidad. Yo no disfruto. Estoy siempre atenta al instante en que la acrobacia con fuego pueda transformarse en tragedia.

También está el encierro.

Hace más de diez años que no sé lo que pasa en las vías subterráneas donde anidan más de diez líneas de transporte, acá o en cualquier otra ciudad del mundo donde haya puesto los pies. ¿Si el subte se quedara parado más de diez minutos ahí debajo? ¿Si dejáramos de oír o nos

dejaran de hablar quienes lo manejan? ¿Si dejáramos de saber? ¿Si empezáramos a tener demasiado calor y nos faltara el aire? ¿Y los pulmones? ¿Y si se cortara la luz de pronto? Ni hablar de viajar en verano con alta temperatura. O esas anécdotas que circulan, siempre en almuerzos, cenas o meriendas, de alguien a quien le contaron que con el subte detenido empezó a oler a quemado y pasaron diez minutos hasta que las autoridades ordenaron a los pasajeros abandonar el vehículo en pleno túnel.

La eficacia del transporte veloz no forma parte de mi cotidiano. Prefiero llegar tarde a todos lados antes que entrar en un tubo movedizo y sellado bajo tierra, en donde no puedo verle la cara al conductor para saber. Es esa fantasía engañosa, la de querer tener el control. Si enumero los miedos que se van transformando en certeza, ahí detrás, siempre están el encierro y el fuego.

No hay milésima de suceso irregular en donde yo no conciba de inmediato lo trágico. El accidente es parte de toda acción e, incluso, de todo estado de reposo. Ese no es un pensamiento genuino. Creo que esa idea de tragedia permanente pudo haber sido adquirida. Desde esa noche, muchos amigos alcanzamos pensamientos que están relacionados con la noción de los finales. De lo interrumpido. Nos apropiamos de esas ideas. Van con nosotros a todos lados como satélites marchitos. Teníamos catorce, quince, dieciséis y tuvimos que vivirlo sin entender del todo.

Fabbri, Camila. (2019). *El día que apagaron la luz* (fragmento). Buenos Aires: Seix Barral.

2. La noche del 30 de diciembre de 2004 se produjo un incendio en República Cromañón, local ubicado en el barrio porteño de Once, durante un recital de la banda de rock Callejeros. En el incendio se estima que murieron 194 personas y 1432 resultaron heridas. Camila Fabbri –autora de *El día que apagaron la luz*, que entonces tenía quince años– había estado la noche anterior en Cromañón, en otro recital de la misma banda. ¿Conocen este suceso? Si no tienen ninguna información, busquen en internet.

3. **Distintas perspectivas.** En la literatura de “no ficción” es frecuente hacer referencia a publicaciones de los medios de

comunicación. Estas publicaciones constituyen documentos que ayudan a reconstruir y a contar los hechos, a incorporar puntos de vista e incluso a realizar lecturas críticas sobre lo informado. En este caso, se incluye una parte de un artículo del diario *Crónica*. En relación con lo sucedido en Cromañón, ¿qué datos aporta el artículo? Al haber estado en Cromañón la noche anterior, ¿qué nueva perspectiva sobre lo sucedido (no incluida en la prensa) presenta el relato de la narradora catorce años después?

4. **Letra y música.** Al igual que analizaste en la ficha ‘Escribir hoy literatura de ‘no ficción’’, las referencias musicales son muy importantes en la novela de Fabbri. Busquen en el texto los dos fragmentos de canciones que se citan. ¿Por qué les parece que se incluyen?

5. **¿Sinónimos?** Relean la siguiente cita en la que la narradora alude a algunas de las denominaciones que recibió lo sucedido en Cromañón. ¿Qué diferencias encuentran entre estas palabras? ¿Qué posición frente a los hechos implica cada una?

“Algunos lo llamaron ‘catástrofe’ (es decir, suceso desdichado), otros ‘masacre’ (infortunio evitable, matanza de indefensos) y otros ‘desgracia’ (situación que produce gran dolor). Los sinónimos sombríos se multiplican con el correr de los años.”

6. **¿Para qué escribir “no ficción”?** Con la entrada para el recital de Callejeros comprada, la narradora dice: “Oía los relatos de todos los que habían estado la noche anterior en Cromañón y la envidia no hacía mella: pronto yo tendría mi testimonio también. Tendría mi propia descripción, mi ojo agudo puesto ahí.” ¿De qué manera se resignifica el testimonio que esperaba dar? ¿En qué aspectos de lo sucedido se centra el testimonio presentado en esta novela?

7. Muchas obras de “no ficción” narran el origen y motivos de la investigación. Estos aspectos no aparecen explícitos en la novela de Fabbri, pero pueden inferirse a partir de su lectura. Teniendo en cuenta el recorrido y las actividades que realizaste en esta sección, ¿qué razones creen que llevaron a la autora a escribir este libro?

### Antes de terminar

En la literatura de “no ficción” se emplean recursos tanto ficcionales como periodísticos para contar y reconstruir hechos ocurridos y darlos a conocer. Muchas veces estos hechos son encubiertos y/o son desconocidos para la sociedad. ¿Cuáles de estos recursos encontraron en este capítulo de la novela: reconstrucción de diálogos entre los protagonistas; focalización en un personaje determinado; referencia a medios de la época (diarios, revistas, radio, televisión, etc.); presentación de un personaje a partir de la descripción del lugar en el que se encuentra; cronología de los hechos; construcción de un clima de suspenso; aparición de la voz de la narradora-investigadora, testimonios de los/as protagonistas en estilo directo?

